

AÑORANZAS Y RECUERDOS

DE COMPRAS Y PASEOS POR TERUEL

Nº 16



JULIÁN SÁNCHEZ VILLALBA

De compras y paseos por Teruel.

Queda expresamente prohibida la copia total o parcial de este trabajo, sea cual sea el medio o procedimiento, si se carece de autorización por escrito del autor, que deberá llevar firma de su puño y letra.

Fotografía de portada: *Vista parcial de la plaza del Torico, calle San Juan y Calle Nueva.*

© Julián Sánchez Villalba

© Fotografías: El autor

IMPRESO EN ESPAÑA - Junio 2012



Vaquilla ensogada por la calle de abajo en Bezas. Julián Sánchez 1984.

Los que no podíamos ir a la Vaquilla

Aquello no era un capricho más de nuestros padres, tampoco es que nosotros fuésemos menos contestatarios que los jóvenes de ahora. La realidad existente, costaba muy poco a nuestros padres ejercer su función, aunque no sin dolor se tenían que imponer a los buenos deseos del hijo, que con tanta frecuencia se quedaba sin fiestas.

Existían entonces algunas dificultades casi insalvables, había que anteponer la obligación al capricho, y no es porque entonces no nos mereciésemos unos días de fiesta en Teruel.

Es que la Vaquilla coincidía precisamente con los primeros días de la siega, cuando las cebadas ya lucían su manto amarillo. Perder un día de siega en aquella época suponía mucho; quizás de ese día dependiera en gran medida que nuestros animales domésticos quedasen a mitad de ración durante el año o que nuestro padre tuviese que comprar el pienso, porque una mala nube, ese preciso día de la Vaquilla, que nosotros nos encontrábamos en Teruel, acabase con las esperanzas de una parca cosecha, otro año más, dedicada exclusivamente a la economía doméstica.

Por esto mismo y a pesar de la cercanía de Teruel, los jóvenes de mi pueblo, como otros jóvenes de otros pueblos, pobres, no podíamos disfrutar del día de la Vaquilla.

Pero a cambio sabíamos disfrutar de lo lindo, a nuestro modo claro, en las ferias y fiestas de San Fernando, del 29 de mayo al 4 de Junio, según rezaba en los carteles anunciadores. Eran unas fechas ideales en que las faenas del campo no exigían atenciones especiales en mi pueblo.

He dicho que disfrutábamos de lo lindo, pero realmente más que divertirnos, lo que hacíamos era pasar en Teruel dos o tres días de fiesta, sin tener que acudir a los rudos trabajos de diario en el pueblo; porque luego y hasta septiembre en fiestas patronales no volvíamos a tener ni tan siquiera un solo día de fiesta.

De Compras y Paseos por Teruel

Vamos a ver someramente en qué consistían esos días de fiesta que pasábamos en Teruel para las ferias y fiestas de San Fernando.

Solíamos juntarnos un grupo numeroso de jóvenes de ambos sexos, cada uno con su saco de la merienda a cuestas, con dos o tres panes grandes, redondos, llenos de tortillas, tajadas de lomo y longaniza de la conserva, y no mucho más, lo principal para pasar esos días en Teruel, junto con algo más que comprábamos, fruta sobre todo.

Hacíamos el recorrido de 21 kms. del pueblo a Teruel andando, a buen paso, tomando todos los senderos y atajos que conocíamos bien y de tal forma acortábamos el camino en varios kilómetros. Alguno bajaba en el coche de línea, los menos, y otros en bicicleta, esos eran afortunados, que podían regresar a dormir al pueblo y al día siguiente bajar otra vez a Teruel.

Al llegar a Teruel lo más probable es que nos dispersáramos en busca de distintos domicilios de amigos y simples conocidos, para dejar la merienda y dormir si podíamos. Las bicicletas casi siempre las dejábamos en Casa de Esparrell, al que todos conocíamos bien, porque subía a Bezas a tocar a las fiestas, con su orquesta Esparrell y sus muchachos.

Los de Bezas siempre hemos tenido familiares en Teruel o muchos conocidos y allí caíamos en manada, poniendo en grave compromiso a esos conocidos, a quien maldita la gracia que les hacíamos. Pero claro, a cambio les invitábamos a las fiestas del pueblo y si subían seguro que nos los disputaríamos entre todos, para llevarlos a comer a nuestras casas, a dormir y a procurar que las fiestas les resultasen gratis y agradables y que se llevasen de nosotros un buen recuerdo, eran aquellos tiempos de los años cincuenta, tan distantes y ya tan distintos de los actuales.

Recuerdo perfectamente, como si lo estuviese viendo, la baraúnda de aparatos de la feria, que se colocaban en la Ronda, casetas de venta de quincallería, bisutería y toda clase de regalos y baratijas; los caballitos, los autos de choque, la noria, los circos, recuerdo que un año había dos, etc.

Nosotros, los jovenzuelos del pueblo, que apenas habíamos traspasado los límites de nuestro pueblo y algunos cercanos, pues claro, llegábamos a Teruel a ferias con mucha ilusión, habíamos ahorrado durante meses para ese fin, que no era gran cosa, para gastarlo todo en los artilugios de feria. No podéis daros ni idea de lo que alargábamos el dinero.

Veinte, o treinta o quién sabe cuantas veces al día pasábamos delante de las casetas de venta, mirando mil veces las navajas, el pañuelo de rosas o el anillo de pasta con la letra de la hermana o la medio novia; o las gafas aquellas manolequinas, plegables; que eran de lo más “guay”. Y para qué voy a contar cuando llegábamos a aquellos tenderetes de venta de tangarros para el ganado.

A mí, la verdad es que los tangarros no me hacían mucha gracia, teníamos media docena de ovejas y otras tantas cabras, pero eso no ocurría a los pastores. Dios santo que pesadez, Ronda arriba, Ronda abajo, y al pasar junto a los dichosos tangarros parada; miradas por dentro, por fuera, los hacían sonar hasta encontrar el que les gustaba, hasta que por fin compraban uno, que con frecuencia en la próxima pasada lo devolvían y cambiaban por otro de distinto sonido.

Subíamos a todos los cacharros, nos hacíamos fotografías de truco, íbamos a los circos, teatros, al cine y al ferial de los mulos; claro eso no podía faltar, a fin de cuentas los machos eran nuestros eternos compañeros de fatiga, con quienes “hablábamos” incluso.

Solo los que tenían mejor posición iban a los toros, los demás nos quedábamos en la puerta a ver salir a los toreros de la plaza. Los toros entonces eran cosa seria, como una fiesta mítica que pocos podíamos contemplar a lo vivo y en la plaza de Teruel, para nosotros estaban los toros de Gea o de Cella, de Albarracín, que eran gratis.

Por la noche aquellas encantadoras verbenas en la Glorieta, en la plaza del Torico y en otros lugares y allí sí que acudíamos a la caza de chicas del pueblo o conocidas de Teruel y de otros pueblos, porque las



Vaquillas en Bezas, mozo toreando en la plaza de Toros. Julián Sánchez, 1984.

otras nos daban unas enormes calabazas. Bueno, es que en aquellos tiempos los de Bezas éramos muy pueblerinos.

Qué cosas ocurrían entonces, aquella enorme diferencia entre mi pueblo y la ciudad; no ocurre ahora eso no, ahora ni hay diferencia, distancia, ni hay mozos; qué pena recordar aquellos tiempos y compararlos con los de ahora.

Éramos tan de pueblo que nos ocurrían cosas a cual más curiosa a cada momento, tan simples que al contarlas ahora, hasta casi duda uno que pudieran ocurrir; pero sin embargo conforta de alguna manera contarlas.

No es que los jóvenes de entonces fuésemos menos jóvenes que los de ahora, también teníamos los sentidos a flor de piel.

Pero a uno le da una especie de sonrisa bondadosa, imaginarse a aquellas pandillas de mozos jóvenes y de mocetones menos jóvenes, que aprovechaban las ferias para recorrer hasta el más oculto rincón de Teruel, como sabuesos en pos de la caza.

Y había un lugar, un trayecto especialmente frecuentado por los de pueblo, recorrido incansablemente tanto como el mismo ferial de atracciones y a mitad del recorrido, colgada en la ladera, una casa cuadrada de dos pisos, aislada, pecaminoso templo del amor, cuya portada tanto costaba traspasar. Porque si el templo abría sus puertas solo a los mozos, la calle en cambio permanecía de par en par, y las mozas, forzosas heroínas de la castidad, con miradas furtivas oteaban el espacio en busca de presas sospechosas. Luego en el pueblo la regañina sería monumental.

Añoro aquellos tiempos, no por mejores, sí porque fueron años de mi juventud. Dos o tres días en Teruel, de juerga entendida a la usanza, durmiendo en la pajera de la Posada del Tozal o de los Chorros o en el duro suelo de la habitación de un amigo, y al final, desbordantes de satisfacción, cansados y algo nostálgicos también, carretera adelante, buscando nuevamente los atajos, vuelta al pueblo y hasta otro año.

Julio 1986

De compras por Teruel

Un kilo de carne. Un pollo o un conejo. Longaniza seca. Salchichas. Fruta del tiempo. Unas alpargatas. Un pozal. La receta para el tío. Un cepo para los ratones...

Pues no es precisamente que tengamos que madrugar este día, que Teruel está a un tiro de piedra y vamos en el coche propio. Y aunque así no fuera, el coche de línea pasa a las nueve en punto y a esas horas hay un cacho de día ya por delante y los recados no son muchos. Pero tampoco es caso de andarse uno con retrasos innecesarios, que luego el sol aprieta de firme, que luego en Teruel vendrán los encuentros, fortuitos o no, con los del pueblo que están por allí y con los que no son del pueblo que uno ya conoce de siempre y hay que quedar con ellos como Dios manda, que aquí uno no debe andarse con despistes ni giros de cara al otro lado, porque aquí te ven y luego te lo echarán en cara, que no los has querido saludar, porque seguro que los viste, que pasaron a tu lado junto al kiosco de periódicos de la plaza del Torico, por donde todo el mundo pasa. Y que Teruel con su encanto especial, algo que ya perdieron las otras capitales, se presta a ello generoso y solícito y la charramenga habrá de surgir necesariamente, por cualquier cosa, con cualquiera y en cualquier lugar.

A uno a veces, según está el día y el horno, le da algo de rabia, cuando nada más entrar por la calle de San Francisco te topas con los mismos artilugios que tienes allá. Unos semáforos grandullones y bisojos, vizqueantes, que te hacen momos, que no sirven casi para nada y te despistan y te hacen esperar un montón. Salvado este primer escollo, como una primera broma que te han querido gastar, enseguida te plantas en ese endiablado y maltratado Ovalo y te alegra la espléndida vista de ese viejo viaducto, al que pronto le pondrán una sombra como escarnio y mofa, como retirándolo ya por achacoso y viejo. Y llegas al endiablado cruce, donde se ponen poco los guardias o a lo mejor es que uno, un poco forastero que eres allí no lo ves. Y enseguida llegarás

a la estación de autobuses, que no hay más remedio si vas en el coche de línea y si en tu propio coche también te gusta meterte por allí, por si acaso encuentras donde dejarlo. Y de aquí se parte casi siempre, a menos que te hayas metido por los Chorros de las Cuevas del Siete y el Puente la Reina, en busca de alguna sombra que por allí suele haber; o que no encuentres sitio como tú buscas y tengas que pasar hacia el Ensanche y casi seguro que aprovechas para ir a la residencia del Seguro y ver al último de tu pueblo que hace unos días ingresó malico.

Que las distancias en Teruel no son largas y es muy ameno recorrerlas, viendo a cada paso lo que se hace y lo que no se hace, lo que se podría hacer con Teruel. Pero molesta un tanto llevar a cuestras este engorroso trasto, que te han dicho en Casa de Mateu que ellos ya no lo venden y te mandaron a otra droguería que está cerca de los Arcos, pero que tampoco allí la tienen y has de ir por Puente la Reina, pero no sabe si por el viejo o el nuevo, pero al final pudiste dar con ellos y ya tomaste buena nota para cuando tengas que comprar más y decírselo al que te pregunte. Dios qué lata, cuántos pasos tienes que dar.

* * *

Y como es día de mercadillo, ese que ponen en la pintoresca explanada donde antaño se jugaba a la pelota y también servía de ferial para las caballerías, mientras tú te vas cargado ya hacia el coche a llevar alguna cosa, tus compañeros del día, las que se pegaron a tu mujer, se quedarán, que dicen que les viene a las mil maravillas y quedarás en encontrarte con ellas en esa carnicería de ahí cerca donde tanto compramos los del pueblo, porque tiene las salchichas, longanizas y güeñas que nos gustan, con sabor a la sierra, con nuestros viejos sabores, la carnicería del saldonero.

Y de vueltas ya del recado, unas veces con el coche que lo habrás acercado un poco, otras que lo habrás tenido que dejar allí aunque arda de tanto calor. O habrás dejado la botella y lo otro en la consigna de la estación, que no es caso de ir cargado mientras sigues de compras y recorriendo las calles para hacer tiempo.

Te encuentras pronto en Teruel. Allí estarán las parientas a las que dejaste hace un rato, cargadas de bolsas que no pueden más, que ya compraron en tu ausencia lo que a ellas correspondía como buenas amas y defensoras de la economía del hogar y hasta te han comprado las alpargatas que tú querías, que las vieron en un tenderete y a un buen precio. Y está con ellas el vecino, cargado también de trastos, que se subirá con nosotros al pueblo.

Es curioso. Como me encanta deambular por Teruel; aunque sea comprando. Ese casco viejo, lleno a rebosar de tiendas, grandes unas, diminutas otras; pero que todas registran en ese momento que yo quiero comprar mucha animación, muchos clientes, donde predominan y se nota mucho por sus modos y costumbres, los oriundos, aunque la prolongada ausencia haya cambiado un tanto sus expresiones habituales, sus andares, y los asiduos visitantes de siempre, convirtiendo a estas calles y tiendas en una curiosa, aunque minúscula Babel, con ligerísimos matices de cosmopolitismo a tenor de esa corriente que puede originar el singularismo y la belleza de una ciudad-pueblo encantadora, con muestras de arte incomparables.

Esas tiendas con dependientes tranquilos, que parecen seres no salidos totalmente del letargo invernal, que hacen un esfuerzo por venderte lo que ellos tienen, mártires de temporada a los que a veces tanto se molesta en su trabajo, solicitándoles productos o servicios que ellos no conocen bien; recordándoles la amistad que hiciste con ellos el año pasado u otro, que también estuviste en su tienda y les compraste aquel curioso cepo para los ratones que hoy les pides y que ya no se vende y unas vetas para las alpargatas viejas que tienes en el pueblo.

Es un auténtico gozo ir de compras por Teruel. Donde tanto compensa saber que a la vuelta de cualquier esquina toparás con el pariente, el amigo, el vecino, el compañero del año pasado que también éste ha venido. Donde miras a tu alrededor y parece que todos son de tu pueblo, todos tus amigos, todos de casa. Donde no se intuye peligro o

desconfianza, donde te conoces, donde eres uno de la familia, no masa. Y te entran ganas de saludar a todos, de decirles adiós a todos cuando pasan por tu lado.

Desde estas tiendas calurosas donde tienes casi de todo lo moderno; o estas otras que tanto se parecen a las de tu pueblo; esos dependientes que hacen casi de todo un poco y que tienes la impresión de que sí, que los conoces de siempre, y es que los sueles ver, en la tienda o en la calle y los veías cuando tú bajabas de compras a Teruel tantos años hace, que no te habías ido del pueblo aún y luego los has ido viendo de visita.

Calles estrechas y sombreadas, de casas viejas pero hermosas, que te hablan con modestia de una historia que enriquece tu pensamiento y te hace soñar. Contiendas, peleas, romances y amores que han dejado su impronta; heroísmos llevados al límite, claudicaciones sin cuento, traiciones. Calles tranquilas y hermosas que nos hablan de su pasado, en un tremendo contraste con otra modernidad imperante que no se resigna a perder por nada ni ante nadie.

Tantos y tantos recuerdos de cosas buenas y majas que acuden a la memoria y que el tiempo les ha dado su pátina. Cuando paseas por estas bellas calles que quieres tanto casi como a las calles de tu pueblo, en este día que andas de compras por Teruel.

Calles cuyos nombres rebotan en tu mente a diario, cuando estás en Teruel y cuando estás fuera de él. Nombres que todo lo dicen, Amantes, Tozal, Ovalo, Torico, San Francisco, San Juan, Glorieta y tantas otras.

Donde tenía aquel querido y viejo amigo su taller de bicicletas y que también era músico. Aquel bar que tanto solíamos visitar; la casa de comidas aquella, diminuta y curiosa, casa la Sardina, donde dejábamos los bultos hasta que salía el coche de línea; aquella tienda de albarcas donde todos comprábamos de tan querido y notable amigo, la posada, lugares donde entrabas como a tu propia casa y que ahora ya casi todo es solo recuerdo, pero que a ti te gusta saborear, ponerle

un poco de pasión para superar la realidad, plantarte ante la puerta cuando pasas, si es que aún está y pensar, pensar siempre en tantas cosas que ya han quedado atrás.

Y mientras las compañeras de viaje de ese día se acicalan en la peluquería, que a lo mejor son vísperas de fiestas mayores y quieren ponerse un poco más majas, no faltará la visita al barecico ese tan pequeño, catedral de los callos y otras suculencias que tan bien caen a esta hora bien entrada del día, y al otro más grande del chaflán que es punto de cita obligada para encontrarse, hasta que aparezcan las compañeras y compartamos con ellas algo y a comprar alguna cosa si se olvidaba.

* * *

Con la clásica modorra que suele aparecer a estas horas, los recados y compras hechos, habrá que refugiarse en algún sitio hasta que salga el coche de línea, y si tienes el tuyo propio montar diligente y salir a todo gas, y si no es muy tarde habrá que obligar al viajero que hoy se ha pegado a que pague un aperitivo en San Blas, o que al llegar al pueblo nos de a probar ese buen vino que dicen tiene en su bodega y de ese jamón que le curan todos los años en el pueblo, al amor fresco de la entrada, antesala que siempre fue de la casa, antaño de las caballerías, hoy remanso de sosiego bien ganado, y de paz, evocador de tantos y tantos recuerdos.

Enero 1991

Al amigo Manuel Esparrells

A manera que uno avanza por la vida se hace mucho más sensible a las nostalgias y le vienen a la memoria recuerdos del pasado, que le hacen vivir con toda intensidad los momentos que ya parecían olvidados.

El tiempo no pasa en balde y cuando menos piensas, alguien se encarga de sacar lustre a grandes o pequeñas cosas que pasaron, legado que el hombre deja y gracias al cual, con tanta frecuencia, las adversidades que se vivieron parecen ahora menores.

En aquellos años tan recordados de la postguerra que nos tocó vivir, duros y llenos de miseria, rencores, suciedades y sufrimientos, que casi lo llenaban todo, aún quedaban ratos para dar suelta a las ansias de vivir y cada cual lo manifestaba como podía; pero como denominador común, puede afirmarse que las fiestas y sus bailes, aquellos enormes y larguísimos bailes, constituían sin lugar a dudas, la expresión vivificante por excelencia, de una juventud que empezaba a descubrir la esperanza, que necesitaba aquello para poder seguir adelante.

* * *

Este año volverá a tocar en las fiestas la orquesta de Esparrells y sus Muchachos, nos decíamos los jóvenes de Bezas. Ahí es nada, otro año Esparrells y sus Muchachos para las fiestas de septiembre.

Al amigo Esparrells:

No sé si te acordarás, querido Esparrells; pero tu orquesta tocó más de un año en Bezas, para alegría de toda aquella juventud de pueblo atormentado, que solo disfrutábamos de esos días de fiestas mayores, paseándonos el resto del año haciendo baile con una mala guitarra y un laúd, a las que teníamos que poner con mucha frecuencia en vez de cuerdas verdaderas, hilos de acero, restos de cables de la guerra, porque no teníamos dinero para comprar mejores materiales. Y muchísimo más que te diría. Yo era entonces muy joven, tenía los años justos en los que

el bailar era un alimento necesario para el espíritu juvenil; no había otra cosa y el agarrarse a una chica, juntarse con ella era para volverse loco de alegría. Qué le vamos a hacer, eran otros tiempos.

Luego te fuimos conociendo por tu faceta comercial. Tenías tu pequeño y cálido taller de bicicletas en la calle Amantes, que era como una posada para nosotros, porque siempre teníamos un radio roto, necesitábamos inflar las ruedas, reparar un pinchazo, en nuestra bicicleta. Ya sabes cómo éramos entonces los de pueblo, te dejábamos la bicicleta, nos marchábamos de recados y a las ferias por la Ronda, volvíamos, recogíamos la bicicleta y para el pueblo.

Tú jamás nos cobraras posada y poco por tus servicios. Pero claro, esto era una especie de servidumbre que te cayó encima cuando nos vendiste la bicicleta, ese vehículo soñado en los pueblos sobre todo, porque con él podíamos hacer muchas cosas y sobre todo desplazarnos a Teruel. Porque la bicicleta marcaba diferencias.

En mi casa de Bezas tenemos colgada en la cambra y ya sin funcionar, aquella estupenda y fuerte bicicleta Ráfaga que te compró mi padre para nosotros y cada vez que la miramos no podemos por menos que recordarte.

Seguro, querido Esparrells, que si me haces una visita en un verano de los que paso por allí, hasta, la hoy ya vieja bicicleta Ráfaga que te compramos, te recuerda también, se pone otra vez a correr y bailar de alegría.

¿Te das cuenta querido Esparrells...?

Noviembre 1992.

